

LO QUE NO TIENE NOMBRE

Piedad Bonnett

Bogotá: Alfaguara, 2013

ISBN: 978-958-758-533-9, 131 páginas

Reseñado por: **Gabriela Castellanos**
Universidad del Valle

Se dice que no hay dolor comparable a la pérdida de un hijo, y también que ese dolor se duplica cuando la muerte es por suicidio. Ante hechos como éste, es difícil imaginar la tarea de buscar las palabras, de ordenarlas sobre un papel.

Hay quienes sostienen que ante un dolor monstruoso, un daño monumental, no hay palabra apropiada. J.D. Salinger puso en boca de su personaje Seymour Glass esta sentencia: al conmemorar la batalla de Gettysburg, donde murieron 50,000 soldados durante la Guerra Civil, “Lincoln debió subir al podio y agitar el puño ante la muchedumbre en vez de decir un discurso”, su famoso “Gettysburg Address”. Y recordemos que Sartre renegó de su novela *La Náusea*, declarándola carente de valor ante un niño que muere de hambre. Sin embargo, hay quienes no sólo tienen fe en el poder sanador de la palabra, sino que además necesitan enfrentar el dolor con ella.

En este libro, Piedad Bonnett se enfrenta al infierno de ver a su hijo perder la razón, verlo descender a la locura, luchar durante años por mantenerse cuerdo y funcionando, y por último escoger la liberación que sólo podía llegar con la muerte. Es difícil leer estas páginas, pero Bonnett recurre a la sabiduría de autores como Javier Marías, Borges, Wislawa Szymborska, Nabokov, y a sus propios poemas, para tratar de entender lo inexplicable, pero sobre todo para llenar de humanidad el horror al que tiene que enfrentarse.

De Daniel Segura Bonnett, el hijo perdido, el artista malogrado, dice un psiquiatra, “Su parte sana era enorme. La mayor parte del tiempo pudo vivir como una persona normal”. Y su madre recuerda sus muchas temporadas de felicidad, pero al mismo

tiempo sabe, y nos demuestra sin lugar a dudas, que para él el esfuerzo de vivir día a día llegó a hacerse sobrehumano, que su enfermedad había convertido la vida en una pesadilla. La paranoia, las visiones, las voces, todo esto sólo cedía ante fuertes drogas psiquiátricas, pero ellas también lo adormecían y lo menguaban. Por eso a veces se resistía y dejaba de tomarlas o reducía la dosis, a veces con la anuencia de profesionales de la salud mental que por ineptitud o porque son también limitados e imperfectos, como lo somos todos y todas, así lo recomendaban.

Esta memoria se mueve entre las reacciones de los padres, la familia, los amigos ante esta muerte, y el pasado de Dani, como lo llamaban, su pasión por el dibujo, sus amigos, las muchachas que amó. A veces la autora se hace preguntas sobre muchas cosas, sobre los últimos momentos de su hijo, sobre lo que ha podido hacerse de otro modo, sobre las causas de la enfermedad. Y siempre vuelve a concluir que no hay respuesta definitiva, que si conocerse a sí misma es una empresa difícil, tanto más lo es conocer a otro, así sea su hijo.

Por la dureza del tema, entrar al libro no es fácil, pero una vez emprendemos el viaje lo difícil es interrumpir su lectura. Y al final encontramos, de nuevo, la profesión de fe en las palabras:

Otros levantan monumentos, graban lápidas. Yo he vuelto a parirte, con el mismo dolor, para que vivas un poco más, para que no desaparezcas de la memoria. Y lo he hecho con palabras, porque ellas, que son móviles, que hablan siempre de manera distinta, no petrifican, no hacen las veces de tumba. Son la poca sangre que puedo darte, que puedo darme.